

Que trata de la condición y ejercicio del famoso orientador D. Quijote de la Mancha

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo orientador de los de pinza en astillero, brújula asida al dedo, calzas de doble forro y mapa en mano. Una muda o dos en el hatillo, algo de fruta, agua y algún cortaviento que echarse al lomo. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años, era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro; gran madrugador y amigo del bosque.

Es, pues, de saber, que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) se daba con fruición a preparar ejercicios de los llamados de orientación, y provisto de sus calzas altas, en previsión de cardos y demás vegetales punzantes; se afanaba en descifrar mapas y mapas repletos de inexplicables señas, señales y curvas y puntos. Tanta era la afición que olvidó casi de todo punto si corría con el mapa, o era en el mapa donde corría; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura, para hacerse con mapas y mapas ; y así llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos; y de todos ningunos le parecían tan bien como los que compusieron los famosos Don Vicente Tordera y Don Joaquín González junto con el afamado trazador Don Carlos Pérez.

Fijóse nuestro hidalgo en dos mapas con enjundia, en el primero, llamado de Los Alijares, los colores blancos, amarillos, las manchas y puntos se trocaban en su mente en el típico monte mediterráneo poblado de encinares y algunas zonas de cultivos de olivar, advirtiendo una superficie más desprovista de arbolado en su parte Sur. Sensiblemente llano, en su ensoñación parecía recorrer unos desniveles más acusados en su parte Norte y en las orillas de los dos arroyos que lo llevaban en dirección Sur/Norte y en algunas zonas parecía palpar los márgenes más abruptos. Brillaban los ojos de nuestro hidalgo con la gran abundancia de elementos rocosos, construcciones y elementos típicos del terreno en el que se veía corriendo, campos de tiro, alambradas, trincheras, pozos de tirador (que no son mas que agujeros de protección en el terreno en posiciones defensivas). Las zonas prohibidas se mostraban ante el desde la locura de batallas pasadas. En pretérito tiempo fueron zonas de caída de proyectiles y prácticas de explosivos que si bien estarían controladas y revisadas, cualquier afanosa mala suerte podría contar con algún dispositivo que no se hubiera eliminado a conciencia.

Se hizo el pobre diablo jurar asimismo que aplicaría el sentido común, y tan sólo se dedicaría a correr y disfrutar del maravilloso terreno y no tocar nada "raro" que estando en la mente, en la realidad o en donde pudiese verlo, apareciese en su conocimiento.

El segundo de los mapas llenó su imaginación, repleta ya por si no lo han advertido, de puntos de ataque, rumbos posibles y velocidad: - Los terrenos y edificios de la antigua Fábrica de Armas de Toledo, terreno llano y con multitud de edificios y detalles que obligan a una lectura detallada del mapa. – Fijóse después en otra zona, que es un parque urbanizado hace unos años, en los terrenos de los antiguos polvorines de la citada Fábrica de Armas.

Con estas y semejantes razones perdía el pobre orientador el juicio, y desvelábase por entenderlas, y desentrañarles el sentido, a lo contado en los boletines, que no se lo sacara, ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para sólo ello.

Tuvo muchas veces competencia con orientadores del lugar (agrupáronse en ocasiones como Toledo-O) y otros de más allá, unos tales Colivencs, que pareciere que atados los llevaba a las calzas de la poca diferencia que les separaba, estando siempre en juicio sobre cuáles orientaban mejor.

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo mapas de claro en claro, y los días de turbio en turbio, y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que veía en los mapas, así de cortados, como de verdes punzantes y de enredo, heridas, requiebros, rumbos y curvas de nivel, trazados y disparates imposibles, y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que veía en los mapas, que para él no había otra historia más cierta en el mundo.

En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra, como para el servicio de su club, hacerse orientador andante, e irse por todo el mundo con sus brújulas y pinzas y calzas a buscar los lugares vistos en los mapas aventuras, y a ejercitarse en todo aquello que él había leído, que los orientadores andantes, o a pié que los llamaban algunos, se ejercitaban, deshaciendo todo género de mapas, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos, cobrase eterno nombre y fama.

Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su rumbo y ataque, por lo menos del pódium en el ranking nacional: y así con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dió prisa a poner en efecto lo que deseaba. Correr en Toledo, en un Torneo llamado Quijotes, raro nombre pardiez. Y lo primero que hizo, fue preparar la maleta: para competir calzas altas, incluso medias para el sprint, que recordaba zona de maleza y no tenía las tibias para perder carnes; rara tierra aquella que al mediar el día calentaba a 24 grados y al despertar la mañana no pasaba de 8, algún ropaje que caldeara el cuerpo habría que meter por supuesto. Para aseo, lo corriente, toalla y alpargatas de ducha, y los geles y jabones

necesarios, sin olvidar el desodorante, que uno no anda sólo y con el esfuerzo hiede. Quedó satisfecho de tal manera que al hacer su equipaje, olvidó brújula y pinza, ¿Cómo ha de ser?, se preguntaba, que al abrir la maleta, no parecía volver a caber en el espacio que antes dejaba,

Preparadas, pues, sus cosas, revisado el boletín e incluso algunos mapas, y confirmándose a sí mismo, se dió a entender que no le faltaba otra cosa, sino buscar un club del que enamorarse, porque el orientador andante sin amores de club, era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. Decíase él: si yo por malos de mis pecados, por por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún mapa divertido, como de ordinario les acontece a los orientadores andantes, y me salto de una curva a otra, o le ataco aquesta baliza por norte o al verde me lanzo por derecho, o finalmente, le venzo al mapa y el recorrido bordo, ¿no será bien tener a quién hablarle de mi gesta, y que entre y se hincó de rodillas en la carpa de mi club ante mi compañia orientadora, y diga con voz humilde y rendida: yo compañeros, salté donde debía, corrí cuando pude y acerté con el rumbo escogido. Mirad mi tiempo, mirad mi mapa, y dadme vuestas mercedes razón para que haciendo otra elección, mejor tiempo hubiese tenido.

Y fue, a lo que se cree, que en el lugar donde moraba había un club de solera, un club campeón y épico, que hasta de equipación presumía, una para cada día. Llamabase COMA el dicho club, porque de Málaga y de orientación era, así compuesto y con club, hacia Toledo partía.

Que trata de la salida que de su tierra hizo el Club COMA a las tierras del ingenioso D. Quijote

Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efecto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los mapas que pensaba descifrar, rumbos que enderezar, y ataques que mejorar, y deudas que satisfacer; y así, sin dar parte a persona alguna de su intención, y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día (que era el 22 de los del mes de marzo), se armó de todas sus cosas, fue al sitio de salida convenido, salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo. Mas apenas se vió en el campo, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa: y fue que le vino a la memoria que no sabía con quien viajaba, y en el colmo de su angustia, ni el reposo nocturno le era cierto, ni el alimento proveído, ni más que lo que llevar sabía, mas ni como ni donde sabía, y no sabía porque no había sido informado.

Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo más su locura que otra razón alguna, calmose sin esfuerzo puesto que no hay expedición del COMA que no se informe con cuidado, al detalle y varias veces, que en esto la memoria es rala.

Si fuese Sub20, pensó, al albergue Los Pascuales, salvo que con parientes viajase en castillos rodantes. Llevar algo debo para el viaje, y la cena, aunque después se comparta, de ahí en adelante y hasta que a mi morada vuelva, ya me irán dando viandas, salvo que algo quiera, y si en ese quiero no compro, poco me llevaré, aunque quiera.

Curioso club este del COMA, los Sub20, veinticinco euros, mas por el mismo trato son cincuenta lo que pagan, en el albergue y las viandas, aquellos que bien peinan canas, o ya no peinan, y afeitan calva. Ilustres caballeros orientadores, se alojan en el albergue con los sub20, Javier Piano, Javier Jiménez, Javier Alcaide, vaya nombre, ya ván tres, incluso Iván Carrera vine también, Salva Monío, Alejandro Aguilar y Juan Antonio Morales, configuran un plantel, que solera, afición y entusiasmo trae.

El devenir de la competición y los sitios y las viandas, en otros capítulos vendrán, y será revelado. Más si algo de esto interesa, y si en alguna cosa participar se desea, antes del jueves al mediodía, a Javier Alcaide decir deberían. El miércoles será el día en que los transportes ajustemos, y pardiez, leed el boletín, que para eso está hecho.

Continuará...